

## TEOLOGÍA

Este libro, de fácil y agradable lectura y densidad teológica, nos descubre cómo Dios habla cuando hablamos y escribimos

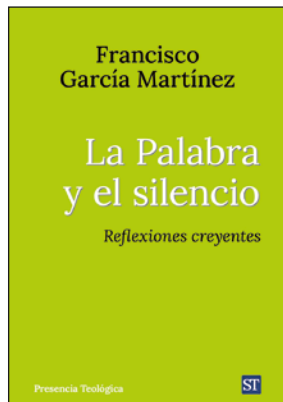
## Dos prácticas espirituales

En la era de las comunicaciones digitales en la que vivimos, nos movemos y existimos, resulta necesaria una reflexión acerca de la palabra y el silencio, sobre todo, cuando es tan lúcida y sugerente como la que nos ofrece **Francisco García** en su libro *La Palabra y el silencio. Reflexiones creyentes*. *Palabra* es un término complejo, polisémico y ambivalente. Estamos hartos de tanta palabrería y, a la vez, necesitamos palabras significativas y personas de palabra.

El autor, profesor titular de la Universidad Pontificia de Salamanca, nos presenta una sugerente fenomenología de la palabra, de la escritura y del silencio, expresada con belleza literaria, de fácil y agradable lectura y densidad teológica. No estamos ante una teología de la palabra, sino ante unas reflexiones teológicas sobre el espíritu de las palabras para descubrir cómo Dios habla cuando hablamos y escribimos. En esta obra el lector podrá ver cómo el acto de la lectura tiene un alcance trascendente porque conecta con la Palabra encarnada. Y para ello se requiere ahondar en las condiciones de la escucha de la Escritura.

El tema del silencio es de creciente actualidad en una sociedad como la nuestra, donde el bullicio permanente y la desmesura acústica están omnipresentes. El silencio puede constituir una disposición para la búsqueda personal del sentido de la vida y para una profundización espiritual y posibilitar, de este modo, el descubrimiento de Dios como el Inefable elocuente en las diversas tradiciones religiosas.

Francisco García expone los diversos tipos de silencio, distinguiendo atinadamente entre el silencio absoluto o



### LA PALABRA Y EL SILENCIO

#### Reflexiones creyentes

Francisco García Martínez

Sal Terrae

Santander, 2025 · 168 pp.

el absoluto como silencio, y el silencio elocuente del misterio y de la adoración; el silencio como puerta para salir del “propio amor, querer e interés” (san **Ignacio de Loyola**), y descubrir la soledad sonora de Dios (san **Juan de la Cruz**). No se trata de no hablar de Dios, ni del gran vacío ni del silencio administrativo, sino del silencio como reconocimiento de Dios que nos precede y excede, nos fundamenta y trasciende.

#### Elocuente y solidario

El silencio es fundamental para acercarnos y comunicar el misterio de Dios. Sin embargo, como acabamos de decir, no se trata de un no hablar, o de un no saber nada acerca de Dios, no es el silencio del gran vacío, ni el silencio administrativo del “quien calla, otorga”, no es el silencio cobarde e indiferente, sino el silencio elocuente como, por ejemplo, cuando se guarda un minuto de silencio o cuando el silencio habla por sí mismo, como en la adoración. Se

trata del silencio para acallar nuestros prejuicios, conceptos y manipulaciones del nombre de Dios, del silencio solidario con los silenciados de la historia, porque “Dios es el obrero que trabaja en el alma, y no alcanzamos a saber cómo es este obrar, porque es en silencio” (san Juan de la Cruz), el silencio como espacio genético de la identidad humana, porque al guardar silencio en las experiencias de asombro, búsqueda, crisis y adoración, es el silencio quien nos guarda.

Los tres primeros capítulos contienen valiosas reflexiones sobre el ser de las palabras, y cómo estas nos abren a la trascendencia, a la revelación de la Palabra encarnada. El primero, se centra en las palabras habladas y pronunciadas; el segundo, en la palabra escrita, mostrando cómo el libro es un momento de la encarnación del Verbo (**K. Rahner**); y el tercero, en la escucha de la Palabra en la vida de la Iglesia, proponiéndonos claves prácticas y pastorales de *lectio divina*; el cuarto se dedica a una fenomenología del silencio, entendido como umbral del misterio último desde donde podemos comprender qué y quiénes somos.

El libro podría haber terminado aquí, ya que el quinto y último capítulo sobre la formación intelectual en la vida del presbítero, aun siendo interesante por sus valiosas aportaciones, resulta de difícil encaje con los capítulos anteriores.

Estamos ante una obra en la que se reúnen textos nacidos en muy distintos contextos, organizados desde el tema común del espíritu de las palabras. En este sentido, no estamos ante un libro monográfico y articulado. Se echa en falta un hilo argumentativo y una mayor conexión entre los capítulos y los múltiples temas que surgen y emergen.

En cualquier caso, recomiendo y animo a leer estas reflexiones teológicas sobre la lectura, porque, leyéndolas, se aprende y se disfruta. Bienvenidas sean estas páginas, cuyo contenido es bien cierto y certero, para que nuestras palabras y nuestros silencios sean inteligibles, significativos, relevantes e implicativos, y contribuyan al anuncio de la Palabra encarnada.

VICENTE VIDE RODRÍGUEZ